

**extrañando
a Monsiváis •**

"Lágrimas negras" en una nota para Monsiváis*

Norma Klahn y Guillermo Delgado P.

"Por una intuición siento que se va a salvar", nos aseguraba Elena Poniatowska todavía a fines de abril, en respuesta a nuestra natural preocupación por la efímera condición de Monsi. Renuentes a aceptar cualquier otro desenlace y con optimismo esperanzado, la noticia de su muerte nos venció. ¿Y ahora qué?

El problema con Monsi, dice Hermann Bellinghausen, es dónde ponerlo dadas sus contribuciones multifacéticas que no dejaron género o tema sin tocar (Bellinghausen 2010), o, nosotros diríamos, más bien trastocar. En nuestro intento por darle uno de los muchos lugares que se merece, se nos ocurre, y no creemos que a Monsi le molestaría, situarlo en compañía de lo que se podría llamar "el periodo carlista" de México. Sugerimos que sin la obra y figura de los tres Carlos —Fuentes, Montemayor y Monsiváis— no podrían entenderse los quehaceres político-culturales de la segunda mitad del siglo XX mexicano. Ausentes sus tocayos, Carlos Fuentes busca quitarnos el desconsuelo afirmando que los escritores no se mueren, porque nos dejan su obra. De la pérdida reciente, dice con inquebrantable optimismo: "No se pierde a Monsiváis, se ha ganado a Monsiváis para siempre" (*apud*. Sierra 2010). De acuerdo, porque nuestro primer encuentro con Monsi fue a través de la lectura de su obra, sobre la cual seguiremos enseñando y escribiendo. Tampoco se pierde a Monsiváis para nosotros, porque quedan además las memorias que juntos compartimos.

Con el tiempo, nos dimos cuenta de que no era posible separar su manera de ser de su manera de pensar —sus conversaciones y comportamientos en privado eran consistentes con sus ideas e ideologías—.

* Este artículo se publicó originalmente en *Nueva Crónica y Buen Gobierno*, vol. 71, octubre, Plural Editores, La Paz, 2010, pp. 11-12.

Recordemos que, para muchos, Monsiváis es "un género en sí" o "un hombre llamado ciudad". Difícilmente tendrá la megalópolis un cronista que registre tan acertadamente los procesos de modernización que experimentó el D. F. desde mediados del siglo hasta entrado el neoliberalismo. Las de él fueron vivencias captadas y analizadas en su cotidiano recorrer. Lo constatamos cada vez que, estando de visita en esa gran urbe, nos llevaba por cuanto recoveco existiere y observábamos cómo se aproximaba a registrar la liturgia de "los rituales del caos", tan tangibles y perceptibles en esa primera ciudad latinoamericana. En ella lo vimos moverse de manera horizontal por su geografía, y vertical entre sus sectores sociales. De ser ligeramente inquisitivo, cualquier latinoamericano que hubiera estado en la ciudad de ciudades, el más tímido, habría escuchado, leído, visto o conocido al prolífico Carlos Monsiváis, pues su nombre repercutía inevitable por lo erudito, sagaz e irónico. Monsiváis era su intelectual orgánico y, en toda su persistente producción, afectó la temperatura del *output* literario-cultural de México, esa ciudad de 25 millones de habitantes.

Escena en el *Denny's*: "Perdón maestro, pero a usted lo conocemos... de alguna parte... de la TV". Otra, en El Péndulo de la Zona Rosa, de alguien que se apareció con un libro suyo entre las manos: "Maestro, una firma para mi colección". Conversación en el Vips, con un francés residente en México: "Maestro Monsiváis, ¿cuál es la mejor traducción hispana de *À la Recherche du Temps Perdu*?". Otra, en la Librería Gandhi: "Y, ¿cómo se siente andar con Monsiváis comprando libros?". En efecto, andar con Monsiváis era saber que nuestras discusiones sobre política, literatura, poesía o cultura popular serían inevitablemente interrumpidas. Él se tomaba el tiempo para responder, firmar o tomarse la respectiva foto deseada.

Igual era ir a su casa de la Calle San Simón, en la Colonia Portales, repleta de libros y gatos —no cabía ni uno más—. Estando de paso, la suya era invitación inmediata, con sorpresas. En la mayoría de los casos y sin advertencia, ya habían otros visitantes y planes ya hechos: "Vamos al Hábito. Estarán Chavela Vargas, Jesusa Rodríguez, Liliana Felipe", "Está Carlos Rincón, y ya quedamos de ir a oír a Paquita la del Barrio", "Busca la invitación... está en esa montaña de papeles", "Vamos al Salón Los Ángeles a la celebración de los cuarenta años de la *Región más transparente*. Doy la conferencia magistral", "Nos están esperando en la casa de Marta Lamas".

Lo mismo ocurría en cualquier ciudad en la que coincidíamos. Ya fuera en museos, cines o conferencias, estar con Monsiváis era, recordando la

frase de Hemingway, una *moveable feast*. Era también presenciar su gran sentido del humor, que iba de la risa franca y jocosa a la crítica sarcástica y certera. Persistentemente antisolemne, anticonformista, antiautoritario y nunca autocomplaciente, era más bien exigente consigo mismo, y esperaba lo propio de sus interlocutores. Reconocido intelectual público, ni en privado dejaba de ser el crítico feroz de cualquier intolerancia o injusticia cometida en la calle o en la casa. Marta Lamas lo considera el excelso aliado del feminismo. Respondió a las preguntas del afamado Cuestionario Proust: "*¿Lo que más aprecia en sus amigos?* —La lealtad informativa y el sentido del humor. *¿La cualidad que prefiere en una mujer?* —La ironía. *¿Lo que más detesta?* —El machismo, la tontería con pretensiones, la intolerancia".

Atento *multitasker*, de citas simultáneas, generoso con su tiempo, nos concedió diálogos inolvidables en Coyoacán, en su casa-estudio —donde alguna vez fue atracado por un canalla (al otro día el cleptómano retornó al lugar de los hechos para pedirle disculpas)—, en Bellas Artes, en la Plaza San Ángel, en el Sanborns o el café de El Péndulo, donde un bocadillo lleva su nombre. Fuera del D. F., como Woody Allen de Manhattan, ya no se sentía en su salsa, no hallaba cuándo retornar, "ASAP". Invitado como Regents Scholar en 1995 por dos semanas a la Universidad de California en Santa Cruz, nos dijo: "Me encanta el lugar, me podría quedar dos semanas, ni un minuto más". Reconocía el campus como el más edénico del sistema, a sabiendas de que la naturaleza nunca fue sustituto de la cultura, de su insaciable deseo de saber y tener al alcance sus productos: "Consígueme una copia de *Salt of the Earth*", "Me voy a llevar tu copia de *Borderlands/La Frontera* de Gloria Anzaldúa, percibo que algo revela".

En las incontables veces que lo recogimos en aeropuertos californianos, llegaba con las maletas vacías —tres—, y departía ya inquieto, pendiente y abarrotado de los *bestsellers* —películas, nuevos libros, CDs— "que allá no se consiguen". En no pocas veces, ahora tan memorables, lo acompañamos a exponer su perspicaz crítica del poder en Columbia, Berkeley, Stanford, Brown, Irvine, Santa Barbara y, naturalmente, Santa Cruz. El genio de su presencia y la monstruosidad de su extensa memoria fotográfica y erudición desarmaban a cualquiera. No obstante, había un espacio para arrancarle una sonrisa, comentando juntos esos detalles efímeros de lo humano: "Monsi, nombra al único boliviano que cantó en el trío Los Panchos", "¿Sabían ustedes que el María Cristina (hotel en el D. F.) le pertenecía a Patiño? Yo se lo habría quitado y devuelto a los mineros bolivianos", y "Debes saber que, teniéndolo acá, me entristece no haber conocido a Zavaleta Mercado".

Monsiváis era poseedor de una memoria deslumbrante, y el "nuevo periodismo" que practicó en sus crónicas necesitó de esa memoria específica que deconstruía la semántica del discurso prefabricado que se hacía pasar por *policy*. Ávido lector de insobornables periodistas, desprejuiciado universalista, conocía en su profunda densidad la literatura mexicana, la latinoamericana y la universal. En entrevista con Fabrizio Mejía Madrid, en 2004, habla de los cinco libros que más lo impactaron: la Biblia (traducción de Casiodoro de Reyna y Cipriano de Valera), no porque fuera creyente —dice— sino por la fuerza del lenguaje; *La importancia de llamarse Ernesto*, de Oscar Wilde; *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán; *¡Noticia bomba!*, de Evelyn Waugh, y *Adiós a Berlín*, de Christopher Isherwood (Mejía Madrid, 2010). Entusiasta estudioso de la poesía, recomendaba la lectura de Quevedo, y decía irónicamente que el español es algo distinto a lo que hablan los lectores. Con Monsi recitábamos poesía de memoria; claro, imposible alcanzar su lucidez mnemónica, ganaba él. Durante los diez años que seleccioné textos para la sección de poesía mexicana del *Handbook of Latin American Studies*, se estableció un diálogo a base de consultas y discusiones sobre los ya establecidos poetas, además de los grupos jóvenes emergentes. Para Monsiváis, la importancia de la poesía como lenguaje figurativo amplía el registro de expresividad. El género organiza y revela experiencias sensoriales y afectivas, registrando conocimientos fuera de la lógica funcional.

Además de la literatura, era un aficionado de la cultura popular estadounidense y de la mexicana, de las que era gran conocedor. Cantábamos boleros y piezas de los musicales de Broadway. En su autobiografía precoz de 1966, narra: "A Gene Kelly y a Stanley Donen (*Cantando en la lluvia*) debo el entendimiento de que es inútil decir todo aquello que no consiente la música". Lo decía medio en serio, medio con la ironía que siempre lo caracterizó. Imagínense a Monsi ir cantando algunos de sus musicales favoritos nada menos que por la misma calle Broadway de Nueva York. Como iconoclasta perenne, dice que uno de sus sueños era: "la perspectiva de vivir de modo absoluto en comedia musical, bailar tap en pleno Zócalo y entrar al Palacio Nacional cantando: *You're the top. You're the Coliseum*".

Si el canto popular lo atrajo, también el destello de la pantalla que creaba comunidad: "El pasmo ante la pantalla es un arrebató de los sentidos, y por religión laica también se entiende el asombro ante la resurrección incesante de las imágenes, ese conjuro embobinado". Para Monsiváis, el uso del sentimentalismo en la lucha contra la inermidad se expresó en el "ecosistema del

melodrama", del que dijo que "alivia la tragedia a través del enredo". Ello constituía una sociología de lo urbano-popular, como el cine de la Época de Oro, el sitio donde se repartieron "las nuevas costumbres y se reparaban 'quirúrgicamente' las tradiciones desvencijadas por la modernidad". También reflexionó sobre Cantinflas y, para bien precisar, sobre los alcances de la milagrería verbal: "El silogismo que el cómico de la gabardina aporta es, como se dice vulgarmente, una ruptura epistemológica". En el Auditorio, la Cineteca y el Festival de Morelia, en su honor, entre una docena seleccionada, ya se está presentando el ciclo de cine *Las imprescindibles* de Monsiváis, que incluye *Enamorada* (1946), *El compadre Mendoza* (1953), *Salón México* (1948), *Víctimas del pecado* (1950) y *Nosotros los pobres* (1948). Añadiríamos *Flor silvestre*, que con frecuencia elogiaba apuntando a la cinematografía de Gabriel Figueroa. Tan era así que en una ocasión de rodaje, un *gaffer* le dijo repetidamente: "Usted ha de ser muy famoso". Cohibido, Monsiváis, que actuaba de extra, esquivándolo, finalmente le dio la razón. Y el *gaffer*, para sorpresa de Monsi, le replicó, nos cuenta él, divertido: "Eso pensaba, porque usted es pésimo actor".

¿Qué significa que la gran ciudad de México pierda a su mejor cronista, a su intachable periodista, a su virtuoso ensayista, al "último intelectual público"? Monsiváis simboliza el final de toda una época, el disiparse de una generación que logró captar en sus crónicas las pulsaciones de la misma modernidad, y cuya *thick description* actualizaba las vivencias diarias, demostrando así su afinidad con el *new journalism*. En su famosa columna "Por mi madre, bohemios", Monsiváis analizaba la precisión del lenguaje y la distorsión léxica que cometían los políticos, quienes, para ser entendidos —decía él—, necesitan una traducción simultánea o subtítulos, pues enredan tanto las palabras que cometen "suicidio verbal". Irreverente, fue consistente crítico de las jerarquías eclesiásticas y sus discursos dogmáticos.

Apuesta por el lenguaje rico y preciso que revela, contra la retórica vacía que distorsiona lo dicho. Para el cronista/ensayista, alterar los diccionarios conceptuales del decir es imaginar nuevos mapas cognitivos. Apuesta por una revolución semántica, que busca el poder de nuevas maneras del decir, que son imprescindibles para generar los procesos de cambio político que reivindiquen la justicia social, la noción de los derechos humanos, la civilidad, y el Estado de derecho. Que los periódicos imprimieran la palabra "homofobia" fue una ganancia —decía—; es empezar a redefinir una nación incluyente y democrática. En razón de ello, definía "la marginalidad como los ámbitos en donde ha quedado deshecho el horizonte de posibilidad".

Tal es que cualquier traductor que trabaje los textos monsvaisianos choca con la densa lengua de registros acuñados que captan realidades sociales y culturales, actualizando y desfamiliarizando temas vigentes.

Antiautoritario por naturaleza, no nos sorprende verle militando en el movimiento estudiantil del 68, momento apocalíptico cuyo lapsus marca un parteaguas en Tlatelolco del que emergió un México más autocrítico. Poco después del 68, Michel de Certeau, que pasaba por México, notó inmediatamente los ensayos de Monsiváis; ojo clínico el de Michel, porque poco después generaría los primeros textos de *Heterologías* (1978). En los días después del terremoto de 1985, coteja el daño urbano y registra a "la sociedad que se organiza" ante la inercia de sus gobernantes. Anda y desanda entre escombros, rescata las historias anónimas de gente materialmente despojada, descubre las rancias prácticas de fábricas y talleres fantasmas, y dice que "el movimiento de las fábricas moderniza las rutinas de la esclavitud". Su espíritu democratizador retornó a las calles en 1994 con la rebelión zapatista, que Monsiváis acompañó como testigo e intermediario; en ella aparece junto a su entrañable colega Elena Poniatowska, otra intachable de la cultura mexicana que también apoyó el derecho a existir de los pueblos indígenas. Polémico crítico del enmascarado subcomandante Marcos, en su posterior cobertura sobre Aguascalientes —la única ocasión en la que la sociedad civil fue invitada a debatir y redefinir México— tradujo en el idioma de esas horas el ansia renovada y hambrienta de otro futuro para ese país.

Ya en estos últimos años, y anticipándose al colapso de las certitudes, Monsiváis responde con su obra más reciente, que titula *Apocalipstick* (2009), en la que señala que la sociedad de consumo no parece inmutarse ante el calentamiento global, la recesión económica, la superpoblación, la pobreza y la violencia doméstica o global. "¡Consume antes de que el planeta desaparezca!" Parodiando una noticia de *The New York Times* que afirmaba la subida del índice de consumo de lápices labiales en tiempos de recesión, el narrador alienta e incita a los fieles a acercarse al final de los días "con labios flamígeros, los propios del beso de la despedida".

Notamos que aun con la fama adquirida a través de sus obras y militancia, o acaso por ello, se reconoció producto de la Revolución Mexicana, que, sin los cambios que esta inauguró, no habría tenido la oportunidad de despuntar y hacerse un directo actor de la vida cultural y política de su país. Tuvo fricciones con Octavio Paz, pero después supimos que compartía con el autor de *El laberinto de la soledad* la pasión por los gatos, y que mutuamente cuidaban de ellos. La prosa de Monsiváis está ricamente ataviada de registros

que lo clasifican como un empedernido lector de toda una tradición retórica de la lengua española a la que se pliegan los manifiestos quehaceres de toda una escatología posmoderna reliezada por la cultura popular. De Salinas de Gortari, el ex presidente mexicano que vendió su país al ávido apetito de las transnacionales a través del Tratado de Libre Comercio (TLC), dijo que era "el Niño Fidencio de la política": hacía milagros que el mismo pueblo entendía, susceptible de creer, transportado por la taumaturgia de los selectos que se favorecían. El TLC aproximó Estados Unidos a México: la cuenta constituye fácilmente al menos diez millones de mexicanos indocumentados que trabajan en Estados Unidos. Sin embargo, el TLC olvidó abrir las fronteras a la migración, porque ya las había abierto a la inversión del capital; por eso dijo que la reconocida canción sería: "México gringo y querido" y no "lindo y querido".

Para marcar la desaparición del nacionalismo anacrónico, que se indigna ante la pérdida de los territorios y se organiza en torno al antiyanquismo, es autocrítico, y reconoce y retoma el tema que ha sido fundamental en su trayectoria: el de la relación México-Estados Unidos. Ahora, dice, "el gringo ha dejado de ser estrictamente el otro, es sí el otro y es el vecino del otro, que resulta ser el primo, la hermana, o el tío del sedentario o de la sedentaria que no cruzaron la frontera". En insobornable solidaridad con los indocumentados mexicanos/mexicoamericanos/chicanos, pregunta "si el nacionalismo de mañana será bilingüe", enfatizando la indisoluble relación entre México y su vecino del norte. Se plantea la pregunta: ¿cómo pensar una nación que en gran medida está en otra parte? Hoy hablamos de treinta millones de mexicanos que se reconocen culturalmente como tales en Estados Unidos.

Y aquí sigue una nota personal. Que fuera yo fronteriza y Monsiváis del centro nos daba para largas conversaciones de mutuo aprendizaje. La canción favorita de mi abuelo era aquella que decía: "Cuatro milpas tan sólo han quedado/de aquel rancho que era mío". Entonces, Monsi contestaba: "¡Estaría en contra de la reforma agraria!" Yo respondía: "Tampoco era hacendado. Tenía unas tierras; además era juarista... separación de Estado e iglesia". ¡Eso le gustó! Años después, estos diálogos lo llevaron a entender esa franja y a decir: "El que no entiende la frontera no entiende México". Para salir de cualquier discordia, le recordaba que Alfonso Reyes fue norteño, regiomontano, y allí empezaba otra conversación en la que no desentonábamos.

Verdaderamente la última vez que vimos a Monsiváis fue en el verano del 2008, en Gandhi, esa gran librería de Coyoacán. Aquí la palabra "última"

no es una metáfora, porque eso fue. Notamos un bajón en su entusiasmo; estaba consternado por la expansión de la impunidad y el narco sin ley, y notablemente hastiado por la inepta imaginación del gobierno para autoafirmarse e implementar el Estado de derecho. Desde su visita a Bolivia, estaba pendiente de conocer mis opiniones respecto a los cambios que se daban en el país. En cada encuentro se continuaba la conversación. En abril de ese año hubieron actos alevosos y racistas en Bolivia: "Veo que bajo Evo están cambiando las cosas, y que el privilegio demanda la impunidad. Explicame eso", dijo. Después del reportaje saltó a otro tema, dirigiéndose a los dos. Hablamos de Obama, porque se acercaban las elecciones en Estados Unidos, y advertía en su elección un posible cambio que podría representar un giro esperanzado hacia América Latina. En el D. F., siempre apremiado de tiempo, se preocupaba por quienes estuvieran asociados a los amigos, y planteaba preguntas precisas e informadas. Quería un *briefing* confiable y crítico del punto preciso que explicaba un hecho, un ensayo, una crónica, una canción, un debate en la prensa, un nuevo libro. En esa última ocasión lo sorprendimos —que no era fácil—, obsequiándole *Blue* de Diana Ross, una grabación temprana de la cantante que no conocía. Como de costumbre, nos despedimos una vez más, con esa idea de vernos en algunos meses, en cualquier ciudad o universidad, pero *no lo quiso el destino* ●

Bibliografía

- Bellingausen, Hermann, 2010, "El problema con Monsi", *La Jornada*, 20 de junio, en <http://www.jornada.unam.mx/2010/06/20/index.php?section=op>.
- Jiménez, Agustín, 1992, "Carlos Monsiváis: el Cuestionario Proust en México", *Excelsior*, 23 de febrero.
- Klahn, Norma, 2007, "Monsiváis entre la nación y la (migra)nación", en Mabel Moraña e Ignacio Sánchez Prado (eds.), *El arte de la ironía: Carlos Monsiváis ante la crítica*, ERA/UNAM, México, pp. 176-190.
- Mejía Madrid, Fabrizio, 2010, "¿Está el señor Monsiváis?", *Gatopardo*, julio-agosto, pp. 80-89.
- Monsiváis, Carlos, 1996, *Carlos Monsiváis: Nuevos escritores mexicanos del siglo XX presentados por sí mismos*, Empresas Editoriales, S. A., México.
- Monsiváis, Carlos, 2009, *Apocalipstick*, Debate/Random House Mondadori, México.
- Sierra, Sonia, 2010, "Carlos Monsiváis no ha muerto: Carlos Fuentes", *El Universal*, 19 de junio, en http://www.eluniversal.com.mx/notas/vi_688917.html.